

El ser dicho a la manera cervantina: de Henri Poincaré a Paul Auster

Fernando Miguel Pérez Herranz. *Universidad de Alicante*

Una de las cuestiones más difíciles con las que se enfrenta la gnoseología tiene que ver con las —sorprendentes— coincidencias que se producen entre las teorías matemáticas y el mundo real, y que, al menos a simple vista, pertenecen a ámbitos muy diferentes. Desde Tales a Platón, o desde Descartes a Hegel, la filosofía se ha preocupado de construir un discurso que dé cuenta de estas correspondencias entre las matemáticas y el mundo, a veces delicadamente armónicas —Galileo formuló la más bella de las definiciones al escribir que el mundo está escrito en caracteres matemáticos— y otras, abruptamente inarmónicas —Chaitin, siguiendo a Gödel, formula una definición inquietante, si dentro de las matemáticas se encuentra escondido el azar—. ¹ Parece que el filósofo se ve obligado a construir una ontología que dé cuenta de esas relaciones ya sean armónicas maravillosas ya sean inarmónicas repugnantes (alguien podría servirse de calificativos contrarios: las armonías, repugnantes; las inarmonías, maravillosas).

Pero la resistencia a pasar del ámbito de las matemáticas al de la ontología —¿por qué hay armonías? ¿por qué hay inarmonías?— es también muy poderosa. Así, V. I. Arnold, uno de los matemáticos contemporáneos más creativos, ² critica a R. Thom por sacar consecuencias de los teoremas internos de la topología y construir una ontología a partir de estos resultados que, en el límite, Arnold considera *medieval*. ³ Sin embargo, unas pocas páginas más allá, el matemático recurre a términos como «misterioso» o «enigmático» para hacer frente a las coincidencias entre objetos y teorías:

¹ Teorema de Chaitin: “Existen objetos matemáticos algorítmicamente aleatorios imposibles de ser generados por un programa más corto que sí mismo”.

² Entre otros muchísimos trabajos, V.I. Arnold es autor, junto a Kolmogorov y Moser, del teorema KAM.

³ “Tampoco puedo discutir otras declaraciones de Thom de carácter más filosófico, formuladas de tal manera que imposibilitan decidir si son verdaderas o falsas (de una manera más bien típica de la ciencia medieval antes de Descartes o (los) Bacon”, V.I. Arnold, *Teoría de catástrofes*, Alianza, Madrid, 1987, págs. 11-12.

Felizmente, los bellos resultados de la teoría de singularidades no dependen del oscuro misticismo de la teoría de las catástrofes. Pero en la teoría de la singularidad, como en todas las matemáticas, hay un elemento **misterioso** (*sic*): las sorprendentes coincidencias y uniones entre objetos y teorías que a primera vista parecen lejanos. Un ejemplo de dicho fenómeno que sigue siendo **enigmático** (aunque parcialmente comprendido) es la llamada clasificación *A, D, E*. Se encuentra en tan diversas áreas de las matemáticas, como, por ejemplo, la teoría de los puntos críticos de las funciones, álgebras de Lie, categorías de espacios vectoriales, cáusticas, frentes de onda, poliedros regulares en el espacio tridimensional y grupos de reflexión cristalográficos de Coxeter.⁴

Mas para salvar los enigmas, que causan asombro y admiración, se constituyó precisamente la filosofía, si hemos de hacer caso a Platón o Aristóteles, sus creadores:

Lo que experimentas es lo característico del filósofo, el **admirarse**. No es otro, en efecto, el origen de la filosofía y, a lo que parece, el que dijo que Iris era hija de Taumante no trazó erróneamente su genealogía. Platón, *Teeteto*, 155d.

Pues los hombres comienzan y comenzaron siempre a filosofar movidos por la admiración (...) Pues todos comienzan, según hemos dicho, **admirándose** de que las cosas sean así, como les sucede con los autómatas de los ilusionistas, o con los solsticios o con la inconmensurabilidad de la diagonal (pues a todos les parece admirable que algo no sea medido por la unidad mínima). Aristóteles, *Metafísica*, 982b 13 y 983b 19.

Así que con el permiso de Arnold recurriremos a la filosofía y, concretamente, a la aristotélica, que ya planteó la cuestión de las correspondencias entre las distintas maneras de darse las morfologías mundanas y ofreció una salida que no ha dejado nunca de ser admirable: «El Ser se dice en muchos sentidos» (*Met.*, 1003a34, 1026a33).

Aristóteles evita la vía del saber absoluto sobre el Ser, un camino sólo accesible a una mente divina. Pues si el Ser no es un género, no es posible establecer diferencias específicas sobre él. De manera que el método se hurta al estudio del Ser, que, por otra parte, se manifiesta a la mente humana «explosionado» —como dice con palabra viva Víctor Gómez Pin—⁵ en una pluralidad categorial (Fig 1). Pero como se trata de perseguir la verdad y no de quedar extasiado ante lo simplemente diverso, la filosofía sin método exacto y riguroso se condena a permanecer eternamente en condiciones de precariedad: En el mejor de los casos, la filosofía habría de realizarse a través de una genial intuición, de la brillantez literaria o incluso de la opacidad del maestro (Hegel,

⁴ V.I. Arnold, *op. cit.*, págs. 124-125.

⁵ V. Gómez Pin, *La tentación pitagórica*, Síntesis, Madrid, pág. 87.

Husserl, Heidegger, ejemplos por antonomasia). En el peor, quedaría asimilada al discurso de los especuladores, de la fantasía mística o del despropósito metafórico. Aunque siempre nos quedará el caso medio —no necesariamente mediocre— de los ensayos profesoriales que mantienen las brasas de la filosofía hasta que alguien capaz o excelente alumbre un nuevo fuego.



Fig. 1

Preguntémosnos una vez más por esa pluralidad de categorías que no son especies de un género; preguntémosnos por aquello que les permite compartir rasgos familiares al surgir de un mismo núcleo explosivo y que las relaciona sin jerarquías y sin privilegios. Los más brillantes y audaces se lanzarán a la búsqueda de la «ciencia del Ser», sin duda; los más corrientes nos acercaremos a los lugares que por obligación u ocasión hayamos visitado, perseguiremos el Ser explosionado en toda su pluralidad, y le pediremos que nos ayude a encontrar los rastros de las pequeñas cosas que nos ocupan, pues no perseguimos sino el enigma que nos asombra. Y lo que ahora admiramos por

extraño encuentro y oportunidad (*kairós*) es ese hilo que une, enhebra o ensarta al genial Cervantes, al científico Poincaré y al novelista Auster:

¿Es posible que participen del Ser los cierres categoriales de las matemáticas o de la física, de un lado, y las peripecias de algunos detectives que escriben novelas o de novelistas que ejercen de detectives, de otro? ¿Quizá cabría entender que ambos estados —ciencias y detectives— coinciden en el ser de la «investigación»? ¿Se encuentra la clave de esa *investigación* en la pluralidad del Ser explosionada por dos aventureros manchegos que en plena canícula se disponen a desfacer agravios, enderezar tuertos, enmendar sinrazones y proteger a viudas, huérfanos y menesterosos?

HENRI POINCARÉ Y LAS ÓRBITAS DE LOS PLANETAS

Comencemos por la ciencia. Hay un problema muy bien conocido y estudiado en las ciencias físico - matemáticas, cuya solución se halla explícitamente al resolver la ecuación diferencial que les rige: la de un astro que gira alrededor de otro según la ecuación de Képler. En el caso de que uno de los astros sea la Tierra y otro el Sol, las soluciones son elipses (las soluciones de un cometa podían ser hipérbolas o parábolas). Pero cuando se presentan tres o más cuerpos, la solución de este tipo ya no es posible. Laplace y Lagrange recurrieron a los llamados métodos de *perturbaciones*⁶, que permiten encontrar soluciones aproximadas en forma de series. Estos métodos aproximativos se logran truncando las series y conservando los primeros términos, dándose a la esperanza de que las cantidades despreciadas sean realmente despreciables. Pero los cálculos que realizaron Le Verrier (1856) y Hill (1897) no dan el resultado apetecido.⁷

En esta situación vacilante interviene Poincaré. En el caso de dos cuerpos el movimiento es *periódico*, lo que significa que, por ejemplo, el período del planeta Tierra es anual respecto del Sol; año tras año, la trayectoria de la Tierra se repite regularmente sin acercarse ni alejarse del Sol. En consecuencia, la *periodicidad* es un

⁶ Cfr. A. Rañada, *Dinámica clásica*, Alianza, Madrid, págs. 571-578.

⁷ J. Laskar y CL. Froeschlé, “El caos en el sistema solar”, *Mundo científico*, n° 115, 1991, págs. 732-740.

criterio de *estabilidad*. ¿Por qué no se puede resolver el problema cuando afecta no sólo a dos cuerpos sino a tres mediante el método de perturbaciones? Poincaré se da cuenta de que la lista de funciones que manejamos es muy corta: Fracciones racionales, trigonométricas, exponencial..., y sus combinaciones (Las funciones básicas son aquéllas que están definidas en una calculadora de las llamadas científicas: +, -, *, /, x^y , ABS, INT, x^{-1} , $x!$, 10^x , e^x , log, Ln, sin, cos, tan, \sin^{-1} , \cos^{-1} , \tan^{-1} ..., y pocas más). Sería, en consecuencia, bastante ingenuo pretender que todas las ecuaciones diferenciables fuesen calculables.

Éste es, por lo demás, un ejemplo muy bello y representativo del camino crítico que recorre el científico. Las herramientas utilizadas se cuestionan y, *sin eliminarlas*, se van transformando en otra cosa muy distinta.

La relación entre el tiempo y las posiciones, decimos, no puede calcularse con la simple ayuda de las funciones usuales. Pero esto no es algo intuitivo, sino que ha de ser demostrado. Si hay que resolver una ecuación diferencial por el método de perturbaciones o de series, en general⁸ $x = a_0 + a_1t + a_2t^2 + a_3t^3$, entonces hay que esperar que esas series sean *convergentes*. Poincaré demuestra que el problema de los tres cuerpos no es integrable, pues a partir de un determinado momento la adición de términos en vez de mejorar la solución ¡la *deteriora*!

¿Cómo acometer y distinguir trayectorias? Poincaré ofrece un método muy útil, a la par que muy distinto del habitual.⁹ Supongamos un sistema con dos grados de libertad que en un momento determinado se encuentra en un estado y que en otro posterior vuelve al mismo lugar del que ha partido. En vez de estudiar esa trayectoria persiguiéndola por todos los puntos por los que pasa se puede construir un plano π — llamado **sección de Poincaré**— y esperar a ver qué ocurre en los momentos siguientes en los que pase por ahí (con lo que, además, se reduce en una unidad la dimensión

⁸ Del tipo $\cos x = 1 + x^2/2! + x^4/4! + x^6/6! \dots$ De ahí que para resolver el problema de los tres cuerpos, en vez de apoyarse en funciones, baste obtener las relaciones entre los cuerpos bajo la forma de series análogas a la anterior:

⁹ Cfr. I. Ekeland, *Le calcul, l'imprévu*, Du Seuil, París, 1984. J. L. Chabert y A. Dahan, “Henri Poincaré, el precursor”, *Mundo científico*, nº 115, 1991, págs. 716-721, etc.

necesaria para su representación). Si siempre pasa por el mismo punto se dirá que la órbita tiene soluciones *T*-periódicas (la órbita de la Tierra respecto del Sol es periódica con un período *T* de un año); si no coincide exactamente pero se mantiene en un toro topológico, la órbita tiene soluciones *cuasi*-periódicas; si las trayectorias llenan el plano (o salen de él y luego vuelven de manera aleatoria), la órbita tiene soluciones *caóticas*. De este modo, en vez de estudiar una trayectoria en tres dimensiones, se estudia un plano *bi*-dimensional, donde se recogen los impactos que las trayectorias marcan sobre el plano cada vez que pasan por él (Fig. 2).

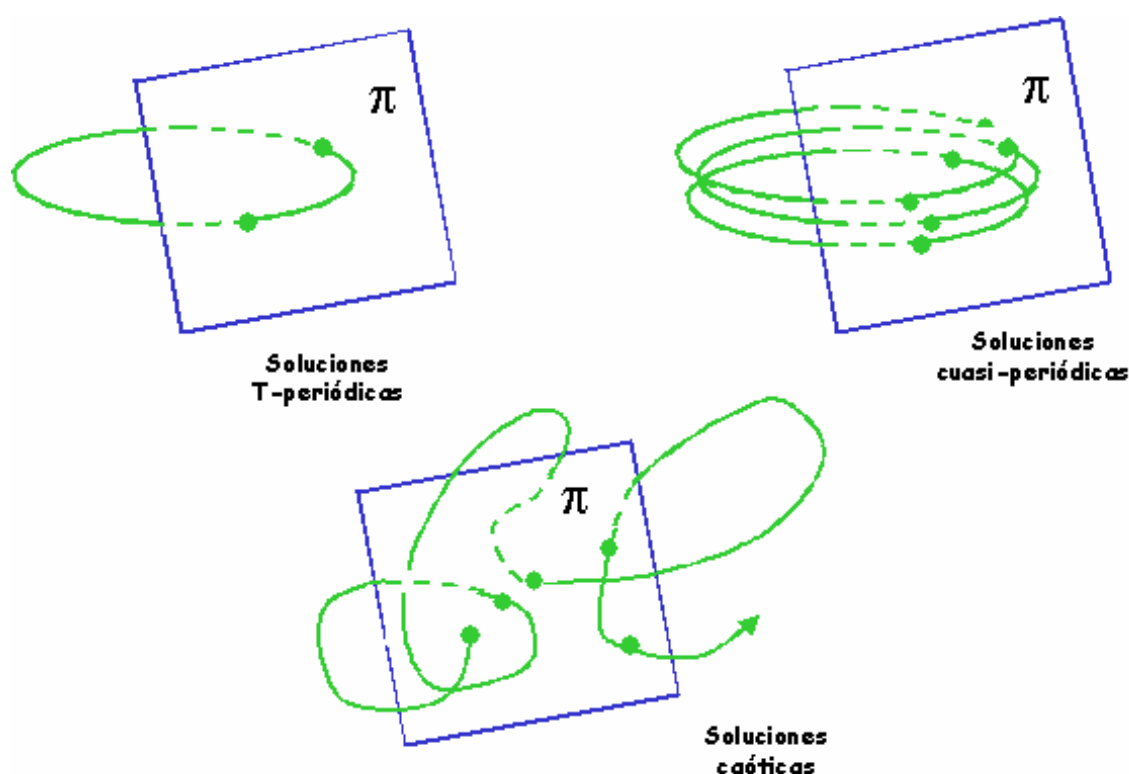


Fig. 2

Poincaré añade a la eficacia de los métodos *cuantitativos* la dignidad de los métodos *cualitativos*, con los que dirige la investigación por otras vías muy sutiles. Métodos que comienzan a ofrecer sus frutos a partir de la década de los sesenta del pasado siglo: topología, teoría de singularidades y bifurcaciones, teoría del Caos.... Escuchemos al matemático Ekeland: “El límite de lo cuantificable no es el límite de las matemáticas: por métodos nuevos *cualitativos* y no cuantitativos se buscará no tanto

hacer predicciones exactas como dar una idea general de las posibles".¹⁰ Y así únicamente queda clasificar las distintas maneras que tienen las trayectorias de impactar sobre el plano π tal como se indica en la figura 3 (resultados conocidos como *teorema de Poincaré-Bendixson*).

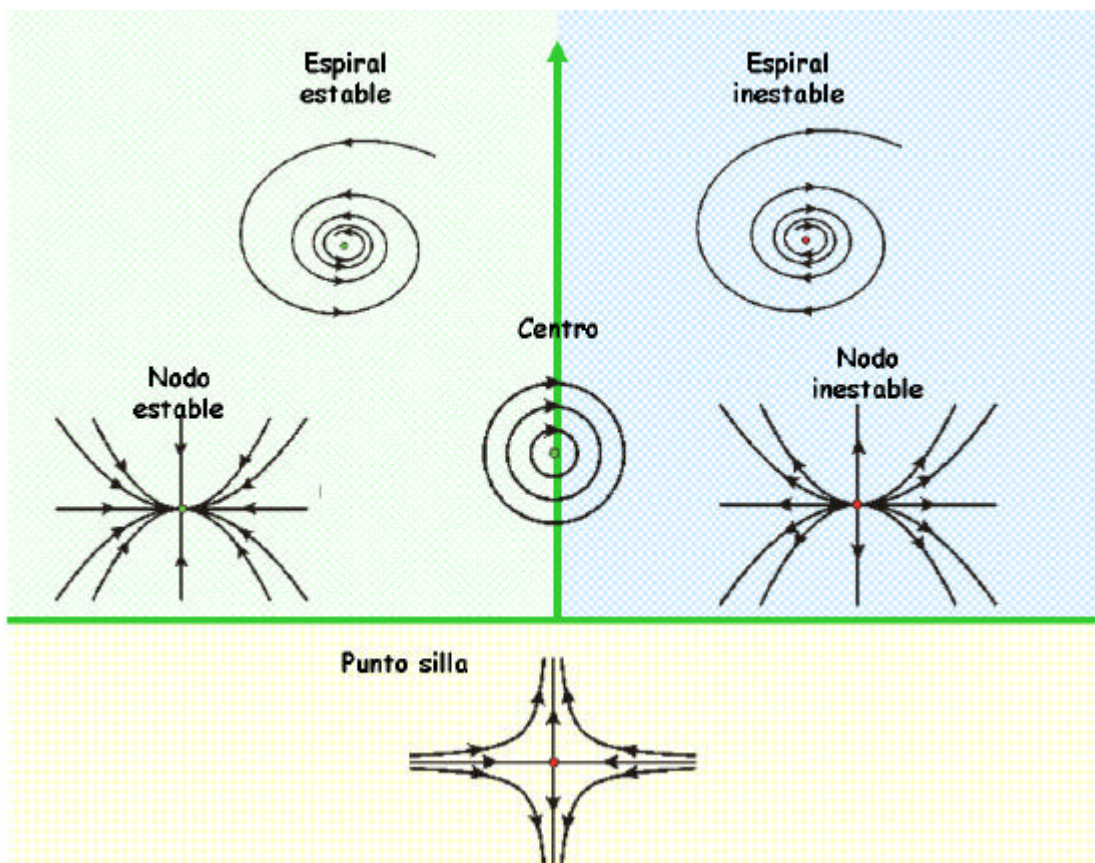


Fig. 3

PAUL AUSTER Y LOS DETECTIVES

Continuemos por la novelística. Si Poincaré cambia el método del seguimiento por el método de la espera, cien años después Paul Auster en *Ciudad de cristal*,¹¹ una de sus obras maestras pertenecientes a la *trilogía de Nueva York*, realiza una operación análoga en el terreno de la literatura detectivesca. El personaje Daniel Quinn, que ahora

¹⁰ I. Ekeland, *Le calcul...*, op. cit., p. 52.

¹¹ Paul Auster, *Ciudad de cristal*, Anagrama, Barcelona, 1997. Completan la trilogía, *Fantasmas* y *La habitación cerrada*.

se llama, como el autor, Paul Auster y que ya había escrito novelas con el pseudónimo William Wilson, hasta el punto de que a veces se identificaba con el detective protagonista Max Work, se ve envuelto en un caso en el que ha de proteger a un extraño joven llamado Peter —aunque no es su verdadero nombre— de su propio padre, llamado también Peter Stillman. Quinn se pone en marcha y persigue hora a hora, minuto a minuto, segundo a segundo a este envejecido hombre, una persecución que despierta gran curiosidad en el perseguidor, no ya tanto por las cosas que hace como por la estructura del recorrido, puesto que sin salir nunca de un espacio determinado de Nueva York (Fig. 4A), las trayectorias parecen adquirir un significado. ¿Podrían ser descodificadas? ¿Acaso no está dibujando Stillman cada día una letra en su recorrido? Un día parece seguir un camino en forma de la letra O; otro, el de la letra W; otro más, el de la letra E (Fig. 4B). A Quinn le pareció adivinar en el juego de estas trayectorias una frase con sentido: THE TOWER OF BABEL. Pero en realidad aquellas letras no se encontraban en las calles, sino en su cuaderno rojo, donde apunta todo lo que le va sucediendo (pág. 89).



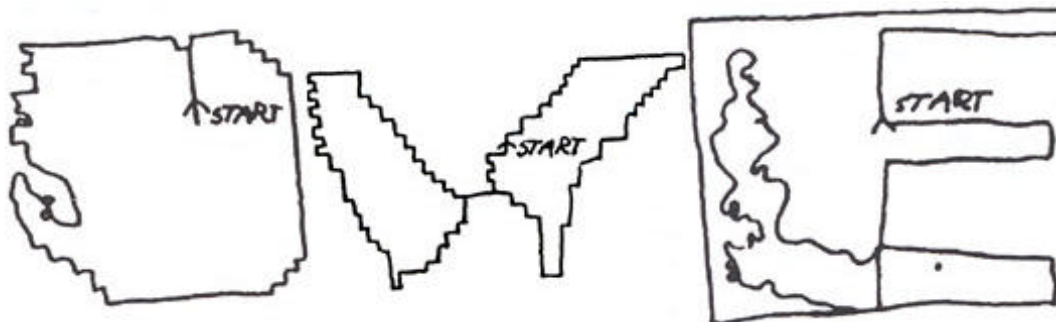


Fig. 4A y Fig. 4B

Mas no le pareció demasiado útil esta información semántica a nuestro detective novelista:

Eso había sido simplemente un método, una forma de tratar de predecir lo que sucedería. La teoría era que observando a Stillman se enteraría de cuáles eran sus intenciones respecto a Peter. Había seguido al anciano durante dos semanas. ¿A qué conclusiones podía llegar? A no muchas. El comportamiento de Stillman había sido demasiado confuso para dar ninguna indicación (pág. 113).

Y de esta manera cae en un grave contratiempo:

Ahora Quinn estaba perdido. No tenía nada, no sabía nada, sabía que no sabía nada. No sólo estaba como al principio, tan lejos del principio que era peor que cualquier final que pudiera imaginar (pág. 128).

Es necesario, pues, cambiar de método:

Su trabajo consistía en proteger a Peter, en asegurarse de que no le ocurriera nada malo. ¿Acaso importaba lo que Virginia Stillman pensase que estaba haciendo, siempre y cuando él hiciera lo que tenía que hacer? En teoría un detective debía mantenerse en estrecho contacto con su cliente. Éste había sido siempre uno de los principios de Max Work. Pero ¿era realmente necesario? Con tal de que Quinn hiciera su trabajo, ¿qué podía importar? Si había algún malentendido, seguramente podría aclararse una vez que el caso se resolviera (...) A partir de ahora nada le detendría. A Stillman le sería imposible acercarse a Peter sin que Quinn lo supiera (pág. 138).

En vez de seguir las trazas de Stillman padre, ¿por qué no esperar en un análogo plano de Poincaré, que llamaremos **plano detectivesco** Δ o **sección de Auster**? Este plano ya no remite a significados esotéricos ni a claves misteriosas ni a semejanzas místicas ni a conexiones inefables. «¡Basta de persecuciones!», exclamará Paul Auster,

como «¡Basta de persecuciones!» pensó también Henri Poincaré. Pongámonos a esperar desde la estructura cognoscitiva y operatoria del sujeto científico – detectivesco de investigación.

El detective decide instalarse en un estrecho callejón desde donde pueda observar todas las idas y venidas de quienes se acercan a la casa de Peter, oculto a la vista de todo el vecindario, para dibujar su propia sección Δ . Y en ese callejón va desarreglando todas sus necesidades corporales: el contenedor de basura reemplaza a su habitación; el sueño lo acorta al mínimo; su vestido se corrompe por la suciedad; la alimentación se hace sinónimo de ayuno; la información procedentes del mundo exterior —periódicos, radio...— desaparece y... únicamente le queda su *cuaderno rojo* en el que anota todos los acontecimientos que ocurren en el plano Δ . Un cuaderno que se identifica, en última instancia, con todas las trayectorias que allá se cruzan, y además con un ritmo de crecimiento inverso al de la vida: cuanto más lleno de escritura esté el cuaderno, menos tiempo de vida le queda. Y así podrá alcanzar el estado de un perfecto *cogito* cartesiano: un mero conjunto de evidencias sin cuerpo (Fig. 5).

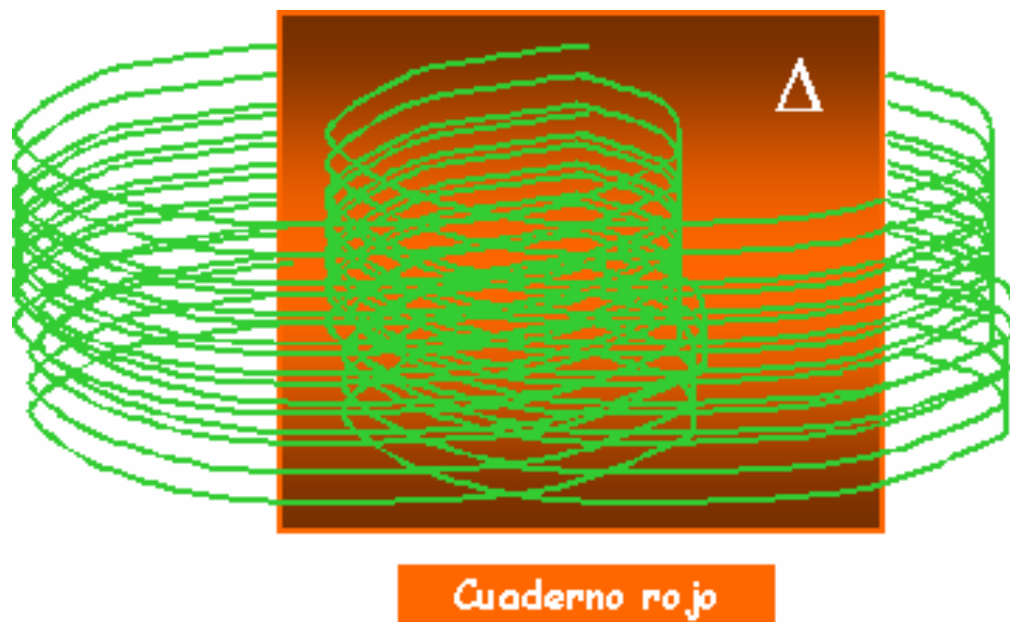


Fig. 5

CERVANTES Y *DON QUIJOTE*

Y en esa situación se pregunta Quinn: ¿Seré capaz de proteger a mi cliente Peter Stillman? Lo que parece que quiere decir: ¿Comprenderé ahora el código de Peter Stillman padre para impedir que se desestabilice el sistema y destruya a Peter Stillman hijo? Pero nada más encontrar su nuevo método, y antes de ponerse en marcha, Quinn va en busca de su accidental *alter ego*, Paul Auster, que fortuitamente está trabajando sobre *Don Quijote*. Y ese fragmento (págs. 120-124), dedicado a analizar tan singular obra, nos sorprende por ser algo más que un homenaje a Miguel de Cervantes. Pues ahí se encuentra —tal es nuestra hipótesis— la clave del método de investigación por impactos en el plano. Recordemos:

Para Poincaré el espacio es la forma misma del ojo humano tridimensional en el que convergen los globos oculares y la acomodación de las lentes. En otros mundos, quizá, el espacio sería diferente si fuese contemplado con ojos no tridimensionales. Poincaré estaba impresionado por el descubrimiento de las geometrías no euclidianas y no podía admitir que la verdad de la geometría axiomatizada por Euclides pudiera adscribirse a la mente a la manera de verdades necesarias o juicios sintéticos *a priori* como pretendía Kant; pero tampoco esas geometrías podían resolverse señalando a la experiencia, como quería Stuart Mill. Los axiomas geométricos debían ser *convenciones* no sujetas a la falsación y sólo valdrían por su utilidad o comodidad. Pues aunque sea posible elegir entre todas las convenciones, por prudencia solemos guiarnos por las más sensatas, las más eficaces o... simplemente abandonarlas si es que nos asustan. Poincaré era un hombre sensato que ni siquiera estuvo dispuesto a contemplar las consecuencias de una de las ideas que luego fertilizarán la ciencia del último tercio del siglo XX: la teoría del Caos. Poincaré se encuentra tratando de dibujar una figura formada por estas dos curvas y sus infinitas intersecciones, cada una de las cuales corresponde a una solución doblemente asintótica y que forman una especie de entramado de mallas infinitamente finas. Ninguna de estas curvas se ha de cortar a sí misma; además se ha de plegar sobre sí misma de un modo muy complejo para cortar infinitas veces todas las mallas de la red; pero...

On sera frappé de la complexité de cette figure, que je ne cherche même pas à tracer. Rien n'est plus propre à nous donner une idée de la complication du problème des trois corps, et en général de tous les problèmes de Dynamique où il n'y a pas d'intégrale uniforme et où les séries de Bohlin sont divergentes [Sorprende la complejidad de esta figura que ni siquiera intento dibujar. Nada más indicado para poder hacernos una idea de la complejidad del problema de los tres cuerpos y en general de todos los problemas de la Dinámica en los que no hay integral uniforme y donde las series de Bohlin son divergentes].¹²

Quizá Poincaré no se atrevió a considerar la explosión atributiva del Ser, esperando que el Logos divino, rígido y distributivo pusiera a cada cosa en su lugar.

Auster, por el contrario, se extasía por la posibilidad misma de la explosión del Ser. El método, como lo utiliza también Poincaré, le permite operar sobre los términos y configurar todas las relaciones permisibles, aunque, como le ocurre a Quinn, haya de hacerlo de manera confusa, forzada y prolija, en ocasiones perdiendo el camino y, en otras, recomponiendo los rastros abandonados. Mas, a diferencia de Poincaré, se atreve con las *hipótesis* más osadas y tiene el arrojo de llegar hasta el creador mismo del Logos moderno: Miguel de Cervantes.

Pues, por una parte, Cervantes ha roto tanto con el sujeto divinizado de la tradición como con el sujeto perceptual y empirista incapaz de remontarse a sí mismo y, quizá, por esa potencia, podría salvarle también de su estancia aislada en aquel callejón donde espera, transformado su ego es un sujeto aislado, separado y sustantivado.

Por otra, Cervantes, que ha sabido decir el Ser con superior riqueza de matices, con mayor amplitud de conceptos, con mejor complejidad de experiencias. En la obra de Cervantes se encuentran «cruzadas» todas las correspondencias posibles, toda la potencia del Ser: técnicas y ciencias, milicias de tierra y mar, familias humildes y de alcurnia, agricultura y navegación, amores y persecuciones, justicias e injusticias, sabores y deleites, ambiciones y frustraciones, regocijos y burlas...

¹² H. Poincaré, *Méthodes nouvelles de la mécanique céleste*, I, A. Blanchard, París, pág. 82.

El Ser, por consiguiente, es dicho de manera audaz por un sujeto que lanza hipótesis tras hipótesis a partir de aquella de quien se dice el verdadero autor de esta historia. Paul Auster se lanza así en medio de la explosión del Ser moderno y viene a decir entonces que la obra titulada *Don Quijote de la Mancha* fue compuesta ¡por el propio don Quijote! Cervantes se esfuerza por convencer al lector de que el autor es Cide Hamete Benengeli (Cuadro I) y que lo escribió en árabe; que encontró el manuscrito por azar en el Alcaná de Toledo; y que luego hubo de contratar a un morisco aljamiado que lo tradujese al castellano y cuyo texto ¡pásmense ustedes! ha de corregirlo él mismo. Auster infiere que Cervantes estaba embrujado por los propios libros de caballerías y que don Quijote era su doble. Entonces, ¿por qué no considerar que toda esa historia la haya urdido Alonso Quijano? ¿Y que el hidalgo manchego se hiciera acompañar por Sancho Panza, un labriego que no sabe leer ni escribir, para que fuese testigo de sus correrías? ¿Y que, más tarde, el bueno de Sancho, dotado admirablemente para la oratoria, habría narrado su versión al barbero y al cura, los cuales ponen por escrito lo que aquél les contara? ¿Y que el bachiller Sansón Carrasco recibe como regalo ese libro, quien, a su vez, lo traduce al árabe como ejercicio académico? ¿Y que Cervantes encuentra esta traducción y se la da a traducir ¡al propio don Quijote! que la retraduce al castellano? Cabría preguntarse el para qué de toda esta complejidad metalingüística. Pues porque Don Quijote está realizando un experimento en el que pone a prueba la credulidad de sus compatriotas: ¿Puede ponerse uno frente al mundo y soltar mentira tras mentira, y hacer tontería tras tontería? ¿Puede uno decir sin escrúpulos que los molinos son gigantes, la bacía, yelmo, o las marionetas, caballeros entrando en batalla? Así don Quijote habría demostrado que las gentes toleran cualquier hipótesis si les proporciona diversión. De la misma manera que los científicos toleran cualquier hipótesis, si les parece estética o útil; o que los detectives toleran cualquier hipótesis si consiguen llenar su cuaderno de frases.

Sólo que Poincaré se asustó ante aquellas coincidencias que ocurrían en el plano π de las trayectorias, y sus hipótesis quedaron confinadas a la prudencia de la Academia y la soledad del pupitre.

Auster, por el contrario, se arriesgó a encontrarse a sí mismo en aquel escondite oscuro del callejón hasta hacerse uno con el con el plano Δ e identificarse con él. Pero el genial Cervantes ya había contemplado esos planos o secciones, que el ingenio científico y detectivesco han revelado, a los que él había dotado de densidad. También Cervantes había diseñado cortes, secciones o planos en los que el sujeto de investigación se para a dibujar y controlar las trayectorias de sus personajes. Cervantes muestra en una especie de «acordeón de metalenguajes y más metalenguajes» (Cuadro I) que en vez de planos (bidimensionales) supondremos poliedros (tridimensionales) por su mayor complejidad, y que podríamos llamar **secciones cervantinas** - \mathcal{K} : cada una de las cuales remite a otra y ésta a otra... y así sucesivamente. Esta estructura nos hace suponer que tras las secciones existe la verdadera aventura, como Poincaré nos hace suponer que tras el plano existen verdaderos planetas y Auster, verdaderos personajes.

Cervantes unifica las manifestaciones del Ser de una época y ofrece la clave misma del ensortijamiento de las concomitancias, coincidencias, contigüidades o semejanzas que habían explotado durante el siglo XVI, según múltiples poliedros:

$$\mathcal{K}_1, \mathcal{K}_2, \mathcal{K}_3 \dots \mathcal{K}_n$$

Poliedros que van mostrando la historia según el propio Cervantes, Cide Hamete, Sancho Panza, el cura y el barbero, el bachiller Sansón Carrasco, el traductor aljamiado..., pero también Avellaneda, los sueños de don Quijote, los narradores que se interpolan en la historia, el segundo autor, los personajes que cuentan sus historias... (Fig. 6). El Ser, efectivamente, se dice de muchas maneras. Y, a falta de un Logos divino, impuesto, rígido, único... hemos de reconstruir la pluralidad categorial a través de trazas, restos, seres explotados, desperdigados, dispersos, esparcidos... Y para ello contamos con hombres y mujeres singulares que nos ayudan a encontrar el ser multiplicado. En esta ocasión nos ayudaron Cervantes, Poincaré y Auster. Gracias a todos ellos por su obra.¹³

¹³ Y, por supuesto, gracias a J.L. Borges y a David Mazzucchelli y Paul Karasik.

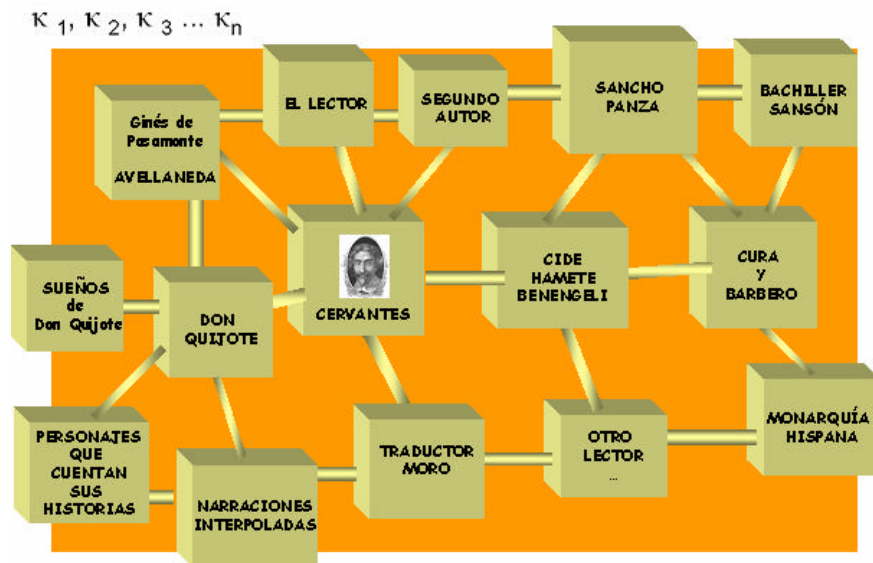


Fig. 6

...

“De esa manera, ¿verdad es que hay historia mía y que fue moro y sabio el que la compuso?” (II,III,567).

“Y por ventura (...) ¿promete el autor segunda parte? (II,IV,576)

“venían tres labradoras sobre tres pollinos, o pollinas, que el autor no lo declara, aunque más se puede creer que eran borricas, por ser ordinaria caballería de las aldeanas” (II,X,617).

“Y es de saber que llegando a este paso el autor de esta verdadera historia exclama: Oh fuerte y sobre todo encarecimiento animoso don Quijote de la Mancha, espejo donde se pueden mirar toso los valientes del mundo, segundo y nuevo don Manuel de León, que fue gloria y honra de los españoles caballeros... Aquí cesó la referida exclamación del autor, y pasó adelante, anudando el hilo de la historia...” (II,XVII,674-675)...

“Aquí pinta el autor todas las circunstancias de la casa de don Diego, pintándonos en ellas lo que contiene una casa de un caballero labrador y rico; pero al traductor de esta historia le pareció pasar estas y otras semejantes menudencias en silencio, porque no venían bien con el propósito principal de la historia, la cual más tiene su fuerza en la verdad que en las frías digresiones” (II,XVIII,680).

“Tú, lector, pues eres prudente, juzga lo que te pareciere que yo no debo ni puedo más...” (II,XXIV,734).

“Entra Cide Hamete, coronista de esta grande historia, con estas palabras en este capítulo: «Juro como católico cristiano...». A lo que su traductor dice que el jurar Cide Hamete como católico cristiano, siendo él moro, como sin duda lo era, no quiso decir otra cosa sino que así como el católico cristiano, cuando jura o debe jurar verdad y decirla en lo que dijere, así él la decía como si jurara como cristiano católico en

lo que quería escribir...” (II,XXVII,759).

“Dicen que en el propio original de esta historia se lee que llegando Cide Hamete a escribir este capítulo no le tradujo su intérprete como él le había escrito, que fue un modo de queja que tuvo el moro de sí mismo por haber tomado entre manos una historia tan seca y tan limitada como esta de don Quijote, por parecerle que siempre había de hablar de él y de Sancho, sin osar extenderse a otras digresiones y episodios más graves y entretenidos... (II,XLIV,877). Concluye con una petición de alabanzas “no por lo que escribe, sino por lo que ha dejado de escribir” (ib., 878),

“Aquí exclamó Benengeli y, escribiendo, dijo: «¡Oh pobreza, pobreza! ¡No sé con qué razón se movió aquel gran poeta... »” (II,XLIV,882)

“Aquí hace Cide Hamete un paréntesis y dice que por Mahoma que diera por ver ir a los dos así asidos y trabados desde la puerta al lecho la mejor almalafa de dos que tenía” (II,XLVIII,912).

“Dice Cide Hamete, puntualísimo escudriñador de los átomos de esta verdadera historia, que al tiempo que doña Rodríguez salió de su aposento...” (II,L,928).

“Cuenta Cide Hamete que estando ya don Quijote sano de sus aruños, le pareció que la vida en aquel castillo...” (II,LII,946).

“«Pensar que en esta vida las cosas de ella han de durar siempre en un estado es pensar en lo excusado, antes parece que ella anda todo en redondo, digo, a la redonda: la primavera sigue al verano, el verano al estío, el estival otoño, y el otoño al invierno, y el invierno a la primavera, y así torna a andarse el tiempo con esta rueda continua; sola la vida humana corre a su fin ligera más que el viento, sin esperar renovarse si no es en la otra, que no tiene términos que la limiten». Esto dice Cide Hamete, filósofo mahomético, porque esto de entender la ligereza e inestabilidad de la vida presente...” (II,LIII,953).

“si no es que nos miente y nos engaña una historia que de sus hazañas anda impresa y yo he leído” (II,LVIII, 992).

“Lo que a mí [don Juan] en éste más desplace es que pinte a don Quijote ya desenamorado de Dulcinea del Toboso” (II,LIX,1000).

“que las historias fingidas tanto tienen de buenas y de deleitables cuanto se llegan a la verdad o la semejanza della, y las verdaderas tanto son mejores cuanto son más verdaderas” (II,LXII,1033).

...

Cuadro I